Por Antonio DÃ-az Lombardero

Con el alma, la mente y el corazÃ³n puestos en tantas familias rotas por el atentado terrorista de Madrid, el mundo entero sigue llorando tanto mal acumulado, tanta desgracia, tanta sinrazÃ³n, â?¦ que no pueden comprenderse desde una Ã³ptica humana. Al toque de las sirenas de las ambulancias y la alarma general, regueros de hombres y mujeres arrimaron el hombro ante el horror y la apocalÃ-ptica

catÃ¡strofe que ha sembrado de cadÃ¡veres y de vÃ-ctimas los andenes y los vagones de los trenes de nuestro querido Madrid; corrÃ-an a dar parte de su vida a los que estaban perdiendo la suya; corrÃ-an para tender su mano al que corrÃ-a desolado sin saber a dÃ³nde, al que lloraba la pÃ©rdida de sus seres queridos, al que yacÃ-a tendido en el suelo; al que estaba aprisionado entre los barrotes de los vagones descuartizados.

Se volcaron ante el dolor, ante la desgracia aÃºn a riesgo de perder sus vidas por efectos posteriores. Su entrega y su testimonio nos servirÃ¡ a todos de ejemplo imperecedero y anidarÃ¡ para siempre en el corazÃ³n y de la retina de los que presenciamos tan descomunal barbarie. Para esos anÃ³nimos hÃ©roes, vaya el testimonio de nuestra gratitud.

Los hombres y mujeres que sobrevivieron a esta horrible matanza, necesitan recobrar la ilusiÃ³n de sentirse Ãºtiles, de culminar los proyectos que iban forjando dentro de sÃ- camino del trabajo, del colegio, de la universidad.

La sociedad tiene que brindarles la sensaciÃ³n de sentirse arropados permanentemente por el cariÃ±o y por la comprensiÃ³n de todos los que presenciamos este terrorÃ-fico holocausto. No basta un minuto de silencio. Su desgracia no puede ser una tara, sino su carta de presentaciÃ³n.

Nuestro apoyo tiene que seguir mÃ¡s allÃ¡ del dolor para mitigar el dolor.

Pero la solidaridad no dura un dÃ-a, un momento. La solidaridad no es pensar en uno mismo; es pensar en los demÃ¡s. La solidaridad es sentir como propio el dolor y la alegrÃ-a de los demÃ¡s. La solidaridad es una actitud. La solidaridad es un valor permanente y la sociedad estÃ¡ reivindicando que estos valores tomen carta de naturaleza, que se inserten prioritariamente en nuestro sistema educativo.

Es evidente que hemos entrado en un nuevo tiempo histÃ³rico. La gente se junta, en la calle, hombro con hombro, en demanda de la instalaciÃ³n de un **nuevo orden social**; busca un mundo para convivir; un mundo donde reine la cooperaciÃ³n internacional y la solidaridad ante los acontecimientos adversos, ante la permanente agresiÃ³n de los violentos.

Posiblemente serÃ-a bueno recapacitar, en cada parcela de la sociedad, sobre los valores que nuestros sistemas educativos estÃ¡n inculcando; sobre el modo de transmitirlos; sobre los modelos de sociedad que ofrece la TV y los medios de comunicaciÃ³n; sobre las actitudes; sobre los valores fundamentales del respeto, de la tolerancia, de la convivencia, de la solidaridad,â?¦

Todos cabemos en nuestro planeta, porque es la casa de todos.

A modo de ejemplo, me gustarÃ-a traer aquÃ- el testimonio de un contertuliano de una

emisora de radio que relataba una experiencia familiar de su propia hija. Era el **dÃ□a despuÃ©s** del fatÃ-dico asesinato colectivo de Madrid. Durante la comida, viendo escenas de la TV, el padre lloraba una y otra vez y su hija le increpa:

-Â¿Por quÃ© lloras, papÃ¡?

- Â¡A nosotros no nos ha pasado nada!

Posiblemente para esta adolescente las escenas televisivas le recordaban los efectos especiales de una pelÃ-cula de terror. QuizÃ¡s su mente confundÃ-a la realidad virtual que hoy enseÃ±a nuestra moderna tÃ©cnica, con la realidad que viven las personas en un mundo castigado por la barbarie de unos pocos que

nos imponen sus propios ideales a costa de la vida de indefensos y pacÃ-ficos ciudadanos.

Hoy mÃ¡s que nunca llegÃ³ la hora de invertir en â??educarâ?? a nuestros hijos; a los hijos de nuestra sociedad. Es mejor ser que tener.

El mundo no es mÃ¡s libre cuando hay mÃ¡s armas, sino cuando hay mÃ¡s respeto.

. â??Faltan palabras donde sobran sentimientosâ??, Baltasar GraciÃ¡n.